

dios para mejorar su situación y dar mas ensanche á sus negocios respectivos. Juan Bautista Vasco de Mondovi proclamó verdades á la sazón completamente nuevas en toda Italia, y con especialidad en el Piamonte; dijo que era un inconveniente echar trabas á las artes mediante las corporaciones, y tomar parte en las fabricas ó reglamentos administrativos; que era perjudicial fijar el precio del pan y el interes del numerario, y últimamente, para impedir que los bienes se acumularan en pocas manos; llegó hasta á proponer la abolición de los testamentos [1]. Francisco Gemelly de Orta, de la compañía de Jesus, fué encargado por el ministro Bogino de reformar la agricultura en Cerdeña, segun el deseo que alimentaba aquel antes de venir á la emancipación de las tierras, que estaban sujetas á la servidumbre de pastos.

Pompeyo Neri, natural de Florencia en sus observaciones sobre el precio legal de las monedas, sostuvo que los gastos de acuñación debían recaer sobre el Estado, método ruinoso que ha puesto en práctica la Inglaterra. Juan Francisco Pagnini de Volterra, trató del mismo argumento, escribió despues acerca del justo precio de las cosas y sostuvo la libertad de comercio con respecto á Toscana. El marqués Carlos Ginori de Florencia, introdujo fabricas de porcelana, máquinas hidráulicas con objeto de labrar las piedras duras, plantas exóticas de países le-

[1] Los franceses creyeron en la revolución de 1789, que era una idea nueva y original debida únicamente á sus *filosofastros*, la de abolir los testamentos, y Mirabeau, que dejó encomendado en sus últimos momentos á Talleyrand un discurso que habia escrito sobre el particular, estaba tambien persuadido de la novedad de aquella idea, mientras que se conoce, por lo que dice nuestro autor, que un italiano la habia proclamado mucho antes. Nosotros notamos esta circunstancia tan solo para dar á conocer á nuestros lectores, que los franceses poco espertos en la literatura extranjera, se figuran muchas veces con candor, que se debe á ellos lo que han consignado en sus obras medio siglo antes acreditados autores, cuyos nombres desconocen muy á menudo, porque los autores mencionados no eran franceses. Por lo demas, debemos alegrarnos de que no se haya pensado nunca en la abolición de los testamentos, y que semejante teoría se haya tenido y se tenga aún por un delirio político, digno de una mente exaltada, y de los modernos socialistas, que han llenado sus obras de ensueños y doctrinas muy perjudiciales al cuerpo político. Con este motivo me ocurre á la memoria un dicho de Vicente Gioberti, que quiero consignar en estos pocos renglones. Este preclaro varón, hablando de los socialistas, se espresa en los términos siguientes: "¿qué podemos decir á unos *doctos hidalgos* que niegan la propiedad y la santidad del matrimonio?" En casos semejantes, el partido mas honroso es el de callarnos.

[Nota del traductor.]

janos, y finalmente, no queremos pasar en silencio que bajo su dirección salió del puerto de Liorna para América, la primera nave con bandera y tripulación nacionales. Targuioni Torzetti, puso de manifiesto los defectos de la agricultura toscana é indicó los remedios para restaurarla, mostrando con sus escritos que las ciencias naturales pueden servirse de un lenguaje esmerado y elegante. Ludovico Ricci, modenés, trató del pauperismo y de sus remedios; desaprobó las limosnas, las donaciones, las casas de trabajo, las boticas gratuitas, los asilos de espósitos y de maternidad, los grandes hospitales y el uso de constituir dotes para doncellas, apoyándose en el principio de que la población no deja nunca de nivelarse con los medios de subsistencia, teoría de cuyo descubrimiento quiso darse el honor á Malthus (1) y concluyó su obra proponiendo al gobierno, que lo dejase todo á la caridad de los particulares; que se proporcionase á los mendigos trabajo en las cosas de utilidad pública y que se fomentase el comercio, considerando estas providencias como medio suficiente para conseguir el alivio de la indigencia.

Tato Giovanni, albañil, sin luces de ninguna especie, pero lleno de sentimientos piadosos, compadecido de los muchachos vagabundos que recorrian las calles de Roma durante el dia y la noche, los recogió, les proporcionó medios para alimentarse y los puso bajo su férula, sujetándolos á un rigor rústico, pero benévolo; y despreciando así los consejos de los que pregonan principios abstractos, como el favor de los grandes siempre embarazoso, los mantenía á sus espensas, les hacia aprender algun oficio y proporcionaba medios de diversion á mas de cien muchachos, sin acudir á teorías y tan solo con aquella sensatez práctica y con aquella especie de auxilio que es el verdadero complemento de la ciencia, y muchas veces la reemplaza, esto es, el auxilio de un buen corazón.

El conde Felipe Re, de Reggio, introdujo plantas nuevas en Italia, escribió un libro intitulado *Elementos de agricultura*, adaptado á la Lombardia, en el cual, se encuentra la aplicación de las teorías físicas y químicas. Este autor señaló tambien reglas para la cria de ganados, y el cultivo de las flores, hizo un estudio particular sobre las enfermedades de las plantas, y pretendió demostrar que los italianos no necesitaban aprender de los extranjeros la agricultura. Vicente Dandolo, farmacéutico en Venecia, acumuló riquezas

(1) A pesar de que nuestro autor da al señor Ricci la gloria de haber precedido á Malthus en las teorías sobre la población, queremos advertir á nuestros lectores, que fray Juan Maria Ortes, de quien habla tambien Cantú en estas páginas, no dejó de esponer, aunque confusamente, algunas doctrinas, sobre el objeto en cuestion, las cuales tienen algo de originalidad y se han querido atribuir tambien al autor inglés.

[Nota del traductor.]

y dió lustre á su país, sustituyendo á las prácticas serviles y agrícolas los nuevos descubrimientos que se habian hecho en la química; y finalmente, hallandose colocado en buena posición por su fortuna, introdujo en Italia los marinos de España y métodos mas oportunos para el cultivo de la vid, para la cria de los gusanos de seda y para las abejas.

En el reino de Nápoles, Antonio Genovesi llamó en gran manera la atención del público y fué colmado de elogios, tanto por su tratado de lógica (1) que escribió para la juventud, como por varios escritos que publicó muy útiles y comprensibles para el pueblo. Logró ocupar la cátedra de comercio que habia fundado Bartolomé Interi; proclamó la libre circulación de las mercancías, no escceptuando de la regla general los cereales; sostuvo que los bienes del clero no debían estar exentos de contribuciones; y porque era hombre muy esperto en las ciencias morales, no se despenó en los extravíos inhumanos de los ingleses y llegó tambien á conocer la mucha influencia que ejercen las costumbres, así intelectuales como morales, en las ciencias económico-políticas. Juan Presta, de Gallipoli puso en juego todas las fuerzas de su ingenio, como Genovesi lo habia hecho, para combatir las prácticas dañosas á la agricultura, é introdujo métodos nuevos para la preparación del tabaco y del aceite. Fernando Galliani, de Foggia, cuyo carácter tenia algo de la astucia de Maquiavelo y de la maledicencia de Pedro Aretino, trató segun las teorías de Locke, de las monedas, de la utilidad del lujo con respecto á las riquezas, del libre interes del dinero; y refutando el individualismo, pregonado por los economistas, publicó en idioma francés unos dialogos sobre la libertad monetaria y de granos salpicados de tantos chistes y con tanta elegancia,

(1) El abate Antonio Genovesi es uno de los hombres mas ilustres de Italia, y se le merece ser estudiada tambien hoy, porque se apoya en principios mas sólidos que los que han proclamado los autores modernos. El doctor Juan Domingo Romagnosi, que murió en Milan en el año de 1835, y cuyo solo nombre es un elogio, como lo atestiguan sus obras, que se estudian en toda Europa y con especialidad en Alemania, conociendo el alto mérito de la lógica de Genovesi, quiso reimprimirla acompañándola de un largo comentario y dándole un aspecto enteramente nuevo, sin alterar su fondo. Damos esta noticia á nuestros lectores, para que se formen un idea de lo que es este precioso libro, y tengan entendido, que en Italia no se habian abandonado los estudios de la sana lógica, y de las ciencias metafísicas á mediados del siglo pasado, mientras que en Francia en aquella misma época las ciencias morales, y con especialidad la filosofía, estraviándose de la buena senda, habian tomado un aspecto enteramente materialista y repugnante para las conciencias timoratas.

[Nota del traductor.]

cia, que sorprendió á la sociedad parisiense, la cual á pesar de que le hizo cobrar fama ensalzando la viveza de su imaginación y de sus ocurrencias cada vez mas nuevas y chistosas, no dejó de proporcionarle tambien disgustos (1).

Felipe Briganti, conciudadano de Juan Presta, arriba mencionado, en el examen

[1] El abate Galliani, literato y diplomático napolitano logró mucha fama por sus escritos, por su vasta erudición y por la amenidad de su carácter, no tan solo en Italia sino tambien en Francia. Nosotros, aunque podriamos escribir un opúsculo acerca de la vida privada y pública de este ilustre varón, nos limitaremos á hacer pocas observaciones sobre su vida literaria y á referir algunas anécdotas sobre su vida particular, poco conocidas en España.

Su tratado de las monedas, cuya primera edición se publicó anónima, fué reimpresso mas adelante con notas, pero es de observar que estas últimas son muy inferiores al texto, por lo que algunos de sus compatriotas han creído que aquel libro no lo escribió Galliani, y otros que no son suyas las notas. Nosotros, lejos de emitir nuestra opinión en esta circunstancia, diremos únicamente, que su tratado sobre las monedas es precioso, y que las notas se pueden dejar aparte. Sus dialogos sobre el comercio de granos y sus cartas de varios géneros escritas en francés, son muy recomendables y curiosas; pero queremos notar que el autor escude algunas veces en chistes, que tienen algo de satírico y maldiciente. El abate Galliani fué un escritor muy fácil, pero manejaba con mas soltura el idioma francés que el suyo propio. En efecto, se le tacha, con razon, de afrancesado en sus escritos italianos. Vamos ahora á indicar algunas anécdotas de su vida privada.

El sumo pontífice Pio VI, deseando tener una colección de piedras del Vesubio, escribió á Galliani, que era á la sazón presidente de la academia arqueológica de aquel reino: Galliani satisfizo inmediatamente los deseos de su santidad, pero al enviarle una gran caja que contenia piedras del Vesubio, le puso encima una tapa con esta inscripción en letras de molde: *Sancte pater fac lapides iste convertentur in pane.*

El ministro de hacienda de Nápoles en la época á que aludimos, habia prometido á la corte un nuevo plan administrativo que pregonaba como utilísimo al Estado, pero el plan promerido no se habia visto aparecer despues de dos años que ya iban trascurridos; ahora bien; un dia el mencionado ministro vió en su despacho á Galliani que lo esperaba teniendo en la mano su sombrero sumamente usado; por lo que le dijo en tono jocoso: "Señor abate, ¿guarda vd. al dia de pascua para comprarse un sombrero nuevo? Galliani le contestó, "no señor, nada de eso, espero su plan de hacienda."

Enviado este varón á Francia como secretario de legación, considerando que su figura era bastante fea [de lo que Galliani muchas veces formaba objeto de conversacion], la primera vez que se presentó á Luis XVI, le dijo estas palabras. "Si-



analítico que publicó, sobre el sistema legal y civil, se mostró muy enconado contra Mably, Rousseau y sus satélites, que pretendían hacer retroceder al mundo reduciéndolo á la pobreza primitiva; y sostuvo oponiéndose á sus teorías que el hombre y la sociedad tienden á la perfección, cuyos elementos son la instrucción, la actividad, la subsistencia.

José Palmieri de Lecce, consiguió hacer suprimir los portazgos y algunos monopolios, además del derecho de exportación que se pagaba sobre el azafrán; sugirió la idea de rescatar de los nobles la regalías que habían adquirido en venta y el derecho de juz-

*re voilà l'échantillon du secrétaire, le secrétaire vient après.— Señor, he aquí la muestra del secretario, el secretario vendrá luego.*

Mientras estaba como secretario de legación en Toscana, un día su corte le participó que dentro de poco llegaría á Florencia D. Macaon de Durazzo, gentil hombre de cámara de S. M. siciliana, y personaje muy distinguido por ser descendiente de la antigua familia de Carlos Anjou; por lo cual la corte de Nápoles quería que su secretario diplomático lo presentase al gran duque con particular recomendación. Este mandato no agradó mucho á Galliani, porque es de saber que D. Macaon de Durazzo era tan bestia como noble, y que diciendo despropósitos á cada paso, servía de juguete á la corte de Nápoles, y de diversión al mismo monarca. Pero llegados nosotros á este punto, para que se pueda comprender el chiste de Galliani, sobre el particular, nos encontramos obligados á dar una previa explicación. En italiano la palabra *minchione* significa necio, y por abreviación cuando se quiere calificar á uno de bestia se le dice *one*, y si se le quiere calificar más, se le llama *azzo*, que es la terminación de una palabra más impertinente aún que la precedente. Volvamos ahora á Galliani.

Obligado á ejecutar el mandato de su corte, pidió una audiencia particular al gran duque, y habiéndola obtenido para el día siguiente, se presentó á su alteza con D. Macaon de Durazzo; pero en esta ocasión Galliani, sin atenderse al uso diplomático, que requería que el secretario se quedase de pie frente á frente de la persona real, se colocó al lado del duque, que entonces era el tan célebre Leopoldo de Lorena, distinguido por sus elevados talentos y modales cortesés. Esta novedad llamó la atención de Leopoldo; pero conociendo á Galliani, y figurándose de antemano que aquel acto inusitado debía tener algún objeto, guardó silencio, y Galliani comenzó á hablar en tono declamatorio. "Tengo el honor altísimo de presentar á V. A. al Sr. D. Macaon de Durazzo, *perla del reino de Nápoles*," é inclinándose un poco hácia el gran duque, le dijo en voz baja. "Alteza, qué buen consonante *en one* qué buen consonante *en azzo*."

El gran duque Leopoldo se encontró entonces en un gran conflicto, porque no sabía de qué modo poder retener las risas en menoscabo de la gravedad diplomática; pero Galliani impasible, continuó su plática diciendo: "Alteza, D. Macaon de Durazzo es descendiente en línea recta,

gar; atacó con buenas armas la preocupación general de que el comercio tendía á envilecer á los que lo ejercitaban; sostuvo que eran inmorales los impuestos de capitación y de la sal; declaró guerra abierta á los salteadores que contagiaban al reino, y en todos sus escritos no se encuentran utopías, sino ideas de una práctica inmediata. Melchor Delfico de Terramo tuvo bastante osadía para proclamar verdades nuevas; ó á lo menos desusadas, en los ejemplos que nos da la historia; obtuvo para su país la abolición de la servidumbre de pastos; sujetó á riguroso examen el origen de los abusos que se habían introducido en la administración de la dehe-

y sin tropiezos, de la antigua familia de los Anjevinos," é inclinándose otra vez hácia el gran duque, repitió "qué bella rima *en one*, qué bella rima *en azzo*."

En fin, habiendo repetido por tercera vez la misma escena, el gran duque despidió muy pronto á él y á su recomendado, porque conoció que ya no le era posible contener la risa. Pero el hecho traspasó en Toscana, y el pobre D. Macaon de Durazzo, hizo un papel tan triste como en Nápoles. Vamos ahora á narrar la última anécdota no menos chistosa que la anterior.

El rey de Nápoles Fernando I, quería personalmente á Galliani y le gustaba mucho su conversación, siempre chistosa y alegre. Un día que S. M. debía trasladarse con Galliani y otros personajes de su corte á las escavaciones de Pompeya, estando reunida toda la comitiva y no habiendo llegado aun Galliani, dijo el rey: "Señores, luego que llegue nuestro *presidente arqueológico*, cuando se acerque para besarme la mano, yo la retiraré sin decirle ni siquiera una palabra, y todos vdes. deben mostrarse muy serios, porque quiero ver qué partido toma Galliani en esta ocasión, y si se le ocurre algún chiste de los suyos. A poco rato llegó este personaje, y habiendo observado que toda la comitiva se quedó en silencio, y que S. M. no se dignó tampoco alargarle su mano para que se la besase, se detuvo de pie sin hablar; entonces el rey dirigiéndose á los demás, y no haciendo caso de Galliani, dijo: "Señores, pongámonos en viaje que ya es tarde." Entonces todos salieron de la sala con el rey, el cual, después de haber bajado el primer tramo de la escalera notó que Galliani no estaba entre los demás, por lo que envió á uno de los gentiles hombres de cámara para saber lo que le había sucedido; pero éste á poco rato volvió con el abate Galliani, á quien dijo S. M. "¿Tenemos que esperarle aún?" Galliani contestó: "Majestad, ha sido una distracción, porque me quedé mirando en la sala un cuadro que figuraba una arca de Noé." Muy bien, dijo el rey, ¿era cosa esa que te llamase tanto la atención?" Majestad, no me llamó mucho la atención el arca, sino el ver que Noé entraba en ella con todas las bestias, dejando fuera á los hombres." Entonces el rey dirigiéndose á su comitiva, dijo: "Hemos salido muy lucidos de nuestra broma, pues Galliani me ha convertido en Noé, y á vdes. en animales."

[Nota del traductor.]

sa de Pulla, comunmente llamada *Tavoglierre* ó *Tavoliere*; procuró establecer la uniformidad de pesos y medidas, y de la administración de justicia en el reino, y por último, propuso la desvinculación de las posesiones feudales.

Pero en todo lo que llevamos espuesto, los italianos se dieron á conocer como inesperados, pero llenos de fé, anhelosos de abrazar de una vez la realidad en lo ideal y animados de buenos principios. Sin embargo, no pudieron conseguir lo que esperaban. Es también de notar que el desacuerdo que existía entre los escritores y la muchedumbre, no les dejaba bastante lugar para remontarse al conocimiento cabal de todo lo que podía el pueblo, á quien miraban únicamente como un objeto que podía merecer la caridad ó la solicitud de sus superiores.

El conde Pedro Verri, milanés [1728—1797], que había dedicado toda su vida á propagar verdades útiles y á animar á los demás para que las propagaran, compiló con el auxilio de algunos amigos, un periódico titulado: *El Café*, que es una colección de artículos redactados bajo el mismo pié que los del *Espectador* de Addison, destinados á popularizar buenas máximas que hermanaban la discreción con la sensatez, escritas á decir verdad, con poca conexión, pero con toda aquella franqueza é ingenuidad que en ciertas ocasiones dan una convicción más fuerte, que la que pueda proporcionar la verdad. Verri, atacó con las armas de la sátira la holgazanería de la alta gerarquía aristocrática, y la ignorancia profunda de otros, teniendo por objeto, según nos dejó consignado, "poner freno á la pedantería de los charlatanes, á la garrulidad de los espantados de la baja literatura, y al continuo é inquieto afán que solían promover las cosas más ínfimas, el cual había ejercido un grande influjo en el carácter, en las letras y en la política de toda Italia." Mas adelante trató de llenar cuestiones económicas, y en sus *consideraciones sobre el comercio del estado de Milan*, desplegó á la vista el antiguo lustre de Lombardía y el decaimiento en que entonces se encontraba, proporcionando también los medios de remediarlo; atacó con armas bien templadas, las preocupaciones que impedían quitar las trabas puestas al comercio de granos, y el arrendamiento de los derechos reales. Su obra adolece de algunos defectos en el exámen de varias cuestiones que hoy se reputan fundamentales, y que entonces apenas habían sido enunciadas; pero á pesar de esto, Verri busca siempre su punto de apoyo en la experiencia. Este autor atesoró también las doctrinas de los fisiócratas; pero no dejó de conocer la mucha utilidad que resulta de la traslación de los géneros de un paraje á otro y del trabajo necesario para poner los productos al alcance del consumidor; conoció al mismo tiempo que, el dinero no tiene más valor que el que le dan los objetos que representa, facilitando el medio de conseguirlos.

Pero, de estas ideas justas, aunque incógnitas, no sacó ninguna consecuencia [1].

Este escritor, como puso de manifiesto cuando hizo todos sus esfuerzos para animar á los oradores en la convocación de las provincias lombardas, hecha por Leopoldo II para que éstas pidiesen una constitución, cuyo punto de apoyo fuese la seguridad de la propiedad, dió muchísima importancia á las propiedades, sacando como consecuencia con artificiosa maestría que la *seguridad* mencionada era base de todas las garantías públicas. Dió á luz también un libro contra la tortura, y una historia de Milan; pero sus compatriotas no tuvieron en consideración este último trabajo, y todos los ejemplares quedaron almacenados, habiéndose vendido solamente uno de ellos (2). En la península itálica la remuneración se hace casi siempre esperar mucho, y llega finalmente á través del encono contemporáneo.

[1] Los que quieran formarse una idea de todos los italianos que han escrito sobre *Economía*, desde los tiempos más remotos hasta el año de 1800, podrán consultar la colección de los economistas italianos, hecha por el varón Custodi. (*Raccolta degli economisti italiani per Custodi*), obra muy importante, no tan solo para sus nacionales, sino también para los doctos de los otros países que se dedican á este ramo de ciencia. Los que deseen un compendio bien redactado de la mencionada colección, podrán proporcionarse la historia de los economistas italianos escrita por el conde José Pecchio.

[Nota del traductor.]

[2] Hé aquí cómo se explica acerca del particular el mismo autor: "Después de haberme atareado por el trascurso de largos años, é interesado con gastos cuantiosos para dar á los milaneses una historia bastante regular de su patria, un libro que pudieran enseñar sin abochornarse á los extranjeros anhelosos de enterarse de sus acontecimientos, Milan no me ha hecho ninguna demostración para darme á conocer que conserva el recuerdo de lo que ha salido de mi pluma; pero yo no ignoraba antes de escribir mi obra la suerte que me aguardaba, porque conocía ya *rerum dominos gentemque togatam*. En Toscana, en los estados de Venecia de tierra firme y en la Romanía, los sentimientos patrióticos y el amor á todo lo que pueda redundar en la gloria nacional, están más desarrollados; en aquellos países, cuando menos, se brindaría al autor con una medalla, con una inscripción pública, con un diploma de historiógrafo ó cualquiera otra señal que pudiese indicar que la patria vive, lo cual se haría cuando no fuese otra cosa para incitar á los demás á imitarle; pero nosotros vivimos *in umbra mortis*. El nombre de Cavalieri se desconoce; la Agnesi yace en el hospital; Frisi y Beccaria no han encontrado en Milan más que estorbos y desgracias. El gran bien que puede esperar entre nosotros el que tiene la osadía de honrar á su patria, es tan solo que le olvide. Yo acaso he logrado este bien. MS."



Apesar de que Parini nos prodigó buenas lecciones, á fin de que considerásemos á la aristocracia italiana como un conjunto de holgazanes, ocupados únicamente en pasatiempos galantes, podemos decir que no faltaban á la sazón hombres de la misma gerarquía que se esforzaban en hacer el bien de su país [1]. Una sociedad llamada *Palatina*, cuyos miembros eran todos personajes de la primera nobleza, verificaba sus reuniones para proporcionar á la imprenta obras muy importantes, como las "Antigüedades de la edad média, y los escritores de las cosas de Italia de Muratori," trabajos que sirvieron de iniciativa á esas recopilaciones tan eruditas que emprendieron mas adelante los extranjeros, sobrepujando á nuestros escritores nacionales. Una sociedad *patriótica* ponía en juego todos los medios que estaban á su alcance para propagar doctrinas y prácticas provechosas á la agricultura y á las artes, dando premios y pensiones, y teniendo un terreno público para verificar los experimentos. Asimismo las academias iban despojándose paulatinamente de aquel espíritu de frivolidad que las habia dado un timbre deshonroso. La de Mantua propuso como tema "investigar los abusos de las leyes criminales, y los medios de remediarlos; y mas tarde trazar una escala de delitos y de penas, señalar los caracteres de la certidumbre en las pruebas judiciales, y fijar las reglas para la mas pronta y fácil instruccion de los procesos." Fué tambien otro tema suyo muy laudable á la sazón, el siguiente: "Si la poesía influye en el bien del Estado, y cómo puede ser objeto de la política." La de Padua sometió á exámen especial la gran cuestion de libertad de comercio. Carlos Bettini, natural de Brescia, que hizo muchos esfuerzos para dar una buena direccion á la conducta de sus compatriotas, y evitar los homicidios, que tan á menudo se perpetraban, ofreció un premio por dos veces de cien cequíes á los que compusiesen novelas morales que mereciesen un lugar preferente; y otros ciento á la misma academia paduana para que remunerase á quien proporcionara medios eficaces para despertar el amor á sus semejantes en los corazones de los jovencitos.

El marqués César Beccaria de Milan [1735—1793], en su librito *Del estilo*, supo desprenderse de aquellas teorías y preceptos inoportunos, tanto para formar un orador como un poeta; y conociendo que el estilo quedaba completamente abandonado al impulso vago del sentimiento, se propuso sujetarlo nuevamente á reglas analíticas y al raciocinio,

[1] Fueron nobles venecianos: Quirini, Foxcarini, Mazzuchelli, Maffei, Pompei, Gozzi, Lupi, Dal Pozzo, Arnaldi, Duranti, Pindemonti; y tambien fueron de la nobleza Varano, Manfredi, Orsi, Riccati, Rovelli, Giuliani, la Agnesi, Carli, Spolverini, Cristóbal Casati, I. B. Giovinio, Roberti, Cerati, y otros que diremos mas adelante.

considerándolo como parte de la metafísica. Este ilustre escritor consideraba las ciencias de lo bello, de lo útil, de lo bueno, á saber: todo lo que puedan comprender las bellas artes y tambien la política y la moral, como varios ramos de la sabiduría humana, y que tienen su punto de apoyo en el conocimiento del hombre y en la idea de la comun felicidad; de lo que se deduce en consecuencia que todos tienen por norte los mismos principios, bajo varias formas, pero mas ó menos estensos. Esta gran teoría puede considerarse como un destello luminoso, precursor del gran principio de unidad á que las ciencias se dirigen (1). Según las doctrinas de este autor, todos los placeres que los objetos materiales producen en nuestra alma, los experimentamos mediante la sensacion, por lo que la belleza del estilo tiene una dependencia directa de la manera particular de expresar las sensaciones, y de la impresion que en el alma escitan las palabras que sirven de signo para representarias. Se funda, pues, toda la bondad del estilo en el agregado de las sensaciones accesorias á las principales, cuyo placer será tanto mas intenso, cuanto más interesante sean las sensaciones que forman un todo con la idea capital de la que se derivan. Pero para conseguir semejante resultado es necesario no perder nunca de vista los límites del conjunto de las ideas mencionadas, porque si su acumulacion no conserva una justa medida, podría convertirse en nociva, y finalmente, es necesario esmerarse en buscar los medios mas oportunos para avezar el ánimo á recibir rapida y vivamente las impresiones que produzca, ó mas bien existe en él la acumulacion de sensaciones diferentes. Cuando nuestro autor sostenia que todos los individuos vienen al mundo con igual capacidad para aprender cualquier ramo de la sabiduría humana, y que sus facultades intelectuales tanto hablando como escribiendo no se desarrollan de la misma manera, porque no han conservado uniformidad de instruccion y ejercicio, se declaraba partidario por cierto de una parodia: sin embargo, nos inclinamos á creer que la proclamaba con cierta satisfaccion, porque descu-

[1] Domingo Sciná, literato siciliano de gran nota, anunció esta misma teoría hace ya mas de treinta años en su excelente introduccion á un tratado de física general. Es cierto que la habian manifestado otros literatos antes de que Sciná lo hiciera, pero pocos habian sabido presentar la teoría mencionada con tanta claridad y precision como nuestro ilustre siciliano. Vamos á transcribir sus palabras: "Todas las ciencias estrechamente se enlazan las unas con las otras, y descubriéndose cada vez mas por los trabajos de los filósofos los puntos de relacion que tienen entre sí, llegará un tiempo en que todas reunidas formarán una sola; pues la separacion de las ciencias es temporánea, y durará hasta que nuestro entendimiento alcance á recoger el hilo principal, al cual se juntan todos los demas." (*N. del T.*)

bria en ella un medio oportuno para estimular al estudio y quitar toda especie de pretexto á los que achacaban de su propia ineptitud á la naturaleza, dándola el nombre de madrastra.

Su obrita que lleva por título *De los delitos y de las penas* (1764), llamó aun mas la atencion del público. Así los inocentes como los criminales, los sospechosos como los convictos, se hallaban igualmente nivelados, presos en las mismas cárceles, las cuales hemos dado ya á conocer qué especie de cárceles eran, y todos procesados secretamente y puestos al tormento. La calificacion de los delitos era á la sazón injusta y muchas veces enteramente absurda, mientras que por otra parte la aplicacion que se hacia de las penas llevaba el timbre de la barbarie; las leyes no se apoyaban en bases fijas, los jueces podian fallar arbitrariamente, y por último, la sociedad no podia nunca averiguar por qué uno de sus miembros habia sido arrancado de su seno. César Beccaria, habiendo atesorado las ideas divulgadas en su época, dió á luz la obra en cuestion, la cual tanto por los caracteres que la distinguen, como por la poca conexión que tienen los capitulos entre sí, da á conocer que el autor se dejó dominar de su inspiracion. Beccaria no puede merecer el alto renombre de innovador; pero supo con mucho arte reunir en pocas páginas lo que se hallaba consignado en un crecido número de opúsculos y obras muy abultadas, basando sus principios en las ideas filantrópicas que eran entonces de moda, y exaltándose noblemente hasta el punto de pronunciar en tono de exclamacion estas palabras no exentas enteramente de error.

"Para que la pena no se convierta en acto de violencia perpetrado por uno ó mas individuos contra un ciudadano, es menester que sea esencialmente pública, aplicada sin dilacion ninguna, necesaria, la mínima posible que requieran las circunstancias especiales del caso de que se trata, proporcionada al delito y conforme en un todo con lo que las leyes ordenan (1)."

(1) La obra de los *delitos y de las penas* es tan conocida en Europa, y ha cobrado tantos y tan merecidos elogios, que nos parece tarea escusada hablar aun mas de ella. Nos limitaremos, pues, á indiar, por vía de curiosidad á nuestros lectores, que cierto marqués Natali, palermitano, algunos años antes de que publicara Beccaria su obra, habia escrito otra sobre el mismo argumento, apoyando sus doctrinas en los principios filantrópicos que el célebre milanés proclamó mas tarde. Pero la obra de Natali quedó manuscrita, por lo que son muy pocos entre sus mismos compatriotas los que la han visto, y aun menos los que la han leído. Nosotros no hemos querido pasar por alto lo que acabamos de manifestar en esta nota, tan solo para dar á conocer á nuestros lectores que en Italia las ideas de una sólida reforma en el sistema legislativo habian comenzado á echar raíces á mediados del siglo pasado,

Habiendo sido destinado á desempeñar la cátedra de economía pública, dió á luz sus lecciones sobre la agricultura y las fábricas, libro que tiene un fondo de originalidad mas que el de los delitos y de las penas. Beccaria, dejando aparte en esta circunstancia toda especie de digresiones y vana palabrería, estableció como principio inconcuso de la ciencia económica, la mayor cantidad de trabajo útil, á saber: lo que da mayor abundancia de productos contratables, ó mas bien permutables. Despues de haber sentado esta doctrina antes de que Smith estableciese la suya del valor permutable, proclamó tambien la division del trabajo, anticipándose al mismo autor inglés, el cual fundó con especialidad su gloria en este gran descubrimiento; señaló reglas terminantes acerca del precio de los salarios; sometió á análisis las verdaderas funciones de los capitales productivos, y los movimientos alternativos de la poblacion, y propuso una medida decimal que dedujo del entero sistema del universo; pero no supo evitar el error generalizado entre los economistas de su época, que proclamaban las manufacturas estériles. Confiaba muy poco en su país, y nos dejó consignadas estas palabras: "En una ciudad como Milan, que contine ciento veinte mil moradores, apenas se hallarán veinte mil anhelosos de instruirse y que prestasen homenaje á la verdad y á la virtud." En efecto, no dejaron algunos de murmurar contra este insigne varon; pero el gobernador le escudó con su proteccion, y finalmente, tuvo la satisfaccion de acreditar, mediante su buena índole, las teorías que profesaba. Empleó su pluma en escribir contra la lotería, y no quiso presenciar nunca la extraccion de los números, á pesar de que era una de las obligaciones anexas á su empleo. Sin embargo, es de notar, que Beccaria, pacífico por su propia índole, que rayaba en la timidez, estaba persuadido de que no debia ponerse en riesgo la tranquilidad individual por el amor de la verdad, y siguiendo el ejemplo de su sobrino, guardó silencio luego que el mundo llegó á conocer su mérito.

En Nápoles [1752—1788], Cayetano Filangieri; no ocupándose en un análisis detenido de puntos especiales, trazó el plan de una ciencia de la legislacion. Comprendiendo bajo este nombre las materias económico-políticas, el derecho criminal, la educacion, la propiedad, la familia y hasta la religion. Filangieri, compatriota de Vico, y que confiaba sobremanera en la omnipotencia de los legisladores, pretendió reunir todas las funciones sociales en la persona del monarca, invocando en todo su intervencion para que introdujera mejoras y reformas en beneficio del pueblo; y suponiendo como sus contemporáneos, que los pueblos podian amoldarse al pensamiento de los filósofos, entregaba á

aunque no hubiese aparecido aún el libro de los *delitos y de las penas*.

El traductor.